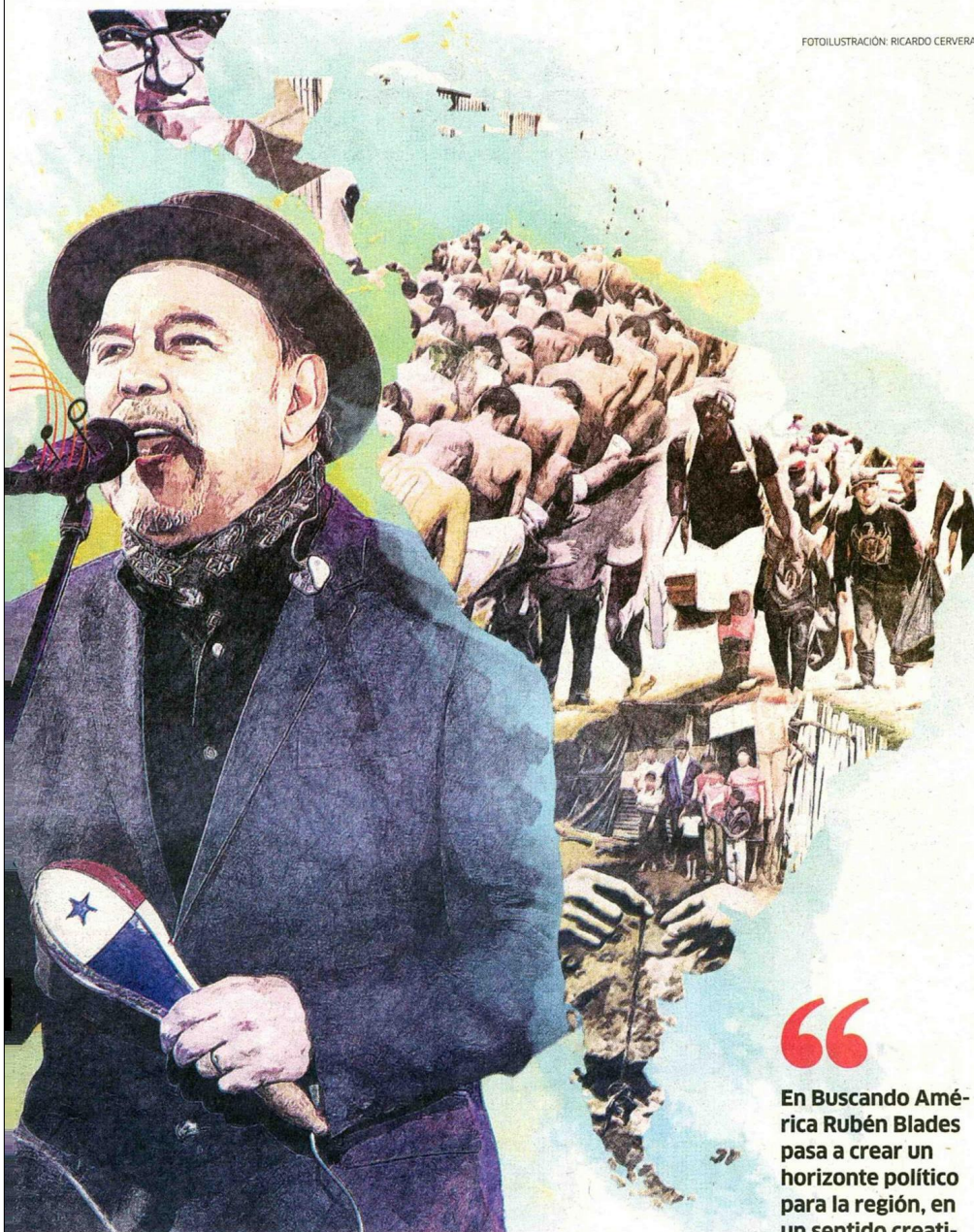




PROHIBIDA SU REPRODUCCION Y/O DIFUSION

FOTOILUSTRACIÓN: RICARDO CERVERA



“

En Buscando América Rubén Blades pasa a crear un horizonte político para la región, en un sentido creativo: debemos crear eso que no somos y deberíamos ser: una América Latina democrática y consciente de su ciudadanía.

cercano a Octavio Paz: “En mi utopía política no todos somos felices, pero, al menos, todos somos responsables”.

Ahora bien, la ciudadanía como institución solo es posible en democracia. Tras nombrar a la ciudadanía en la primera canción, Blades nos traslada a un mundo donde ha sido eliminada. El segundo track es GDBD (“gente despertando bajo dictaduras”, según la leyenda). Es el corte más audaz del álbum: se declama un texto en segunda persona sin acompañamiento musical. Aunque Blades se refiere a este como un cuento, a mí siempre me ha parecido el guion de un plano-secuencia que va desde el momento en que un hombre despierta hasta que sale al trabajo. Entre esos dos puntos, se entrevé que se trata de un agente de seguridad del Estado. Mientras realiza las acciones mañaneras

cotidianas (se afeita y se corta, se seca con una toalla que dice Disneylandia, pisa los orines del perro, la esposa le recuerda que debe pagar la escuela de los niños), también nos enteramos de que “hoy van a arrestar al tipo”, así que coge sus lentes oscuros, su libreta, su revólver y sale a la calle, donde “aún está oscuro, pero huele a mañana, varón”.

El dato crucial está en el primer verso: no ha dormido bien. Además, cuando se baña, no canta. Y es claro que la mujer está incómoda con su presencia, ni siquiera molesta. El hombre anda metido en algo oscuro.

La siguiente canción permite dilucidar en qué puede estar involucrado: ‘Desapariciones’. Ahí —con el bajo de Mike Viñas mandando cual si hubiera escapado de los Wailers o de Black Uhuru—, Blades canta en primera persona la

angustia de los familiares de desaparecidos. Buscan al esposo, a la hermana, al hijo que “a veces es terco cuando opina”; describen cómo iban vestidos, listan las instituciones públicas a las que han acudido. El coro de la canción termina lanzando las preguntas y respuestas fundamentales de la vida política: “¿Y por qué es que se desaparecen?... porque no todos somos iguales”.

Algo semejante ocurre en ‘El padre Antonio y el monaguillo Andrés’, inspirada en el homicidio de monseñor Romero en El Salvador. El cronista nos cuenta el asesinato de un cura que da el sermón en manga’e camisa, que “condena la violencia” y cae abatido junto con el monaguillo Andrés, un chiquillo que muere sin conocer a Pelé. Y, sin embargo, tras el cierre terrible de la crónica —“entre el grito y la sorpresa, agonizando otra vez/ estaba el Cristo de palo clavado a la pared”— pasamos a una fuga endiabladamente salsera y en la cual la luz empieza a abrirse camino. Mientras el coro repite que “suenan las campanas”, Blades sonea que suenan para celebrar, nuestra libertad, que la tierra va a temblar y que el mundo va a cambiar.

1984. Blades está ayudando a crear la posibilidad de la democracia en el continente. Está muy lejos del panfleto revolucionario. Aquí los héroes no van “matando canallas con su cañón de futuro”. Ni siquiera hay héroes propiamente. La recuperación de América aparece como una tarea colectiva, ciudadana. Que es lo que reaparece en la canción que cierra el álbum y que también se llama *Buscando América*. Ahí retrata un continente perdido en la oscuridad. Sin embargo, retruca Blades, a “nosotros nos toca ponerte en libertad”. Así, al cerrarse el disco regresa a la ciudadanía y a un futuro que solo podrá ser el que ella construya. *Buscando América* se trata menos de crear a América Latina en tanto unidad cultural, que de crearla como territorio democrático. Donde no se tortura, desaparece ni olvida; donde la ciudadanía manda.

Cuarenta años después, mucho cambió, mucho sigue aquí. En Centroamérica ya no hay guerras civiles, pero las cifras de homicidios no están lejos de una. Si en *Caminos verdes* Blades cantaba con esperanza “voy llegando a la frontera/ pa’ salvarme en Venezuela”, cuatro décadas después hay siete millones de venezolanos expulsados de sus fronteras por un régimen criminal.

¿Y qué decir del Perú? Cuando apareció *Buscando América*, se cometían atrocidades y Belaunde aseguraba que los informes de Amnistía Internacional había que tirarlos a la basura. Hoy la elite del país —política, económica, mediática— desprecia nuevamente los DDHH más básicos, se amnistían crímenes de lesa humanidad y se busca eliminar su protección en instancias internacionales. El objetivo es poder seguir desapareciendo gente. Se entiende que la señora presidenta y sus valedores estén encantados con el chifa: al que importa se le chifa. Los apellidos más recurrentes entre las víctimas de “la época del terrorismo” fueron Quispe y Huamán. Tras la represión criminal del Gobierno de Boluarte, los apellidos son Quispe, Huamán y Mamani. Rubén ya nos explicó hace cuarenta años por qué es que se desaparecen. Y ante la desolación peruana solo queda acudir a Rubén de nuevo, rescatar a “la esperanza que no ha muerto”, convencernos de que “vamos a encontrarte en esta oscuridad” y cantar que “ese es nuestro destino, nuestra necesidad”. ♦